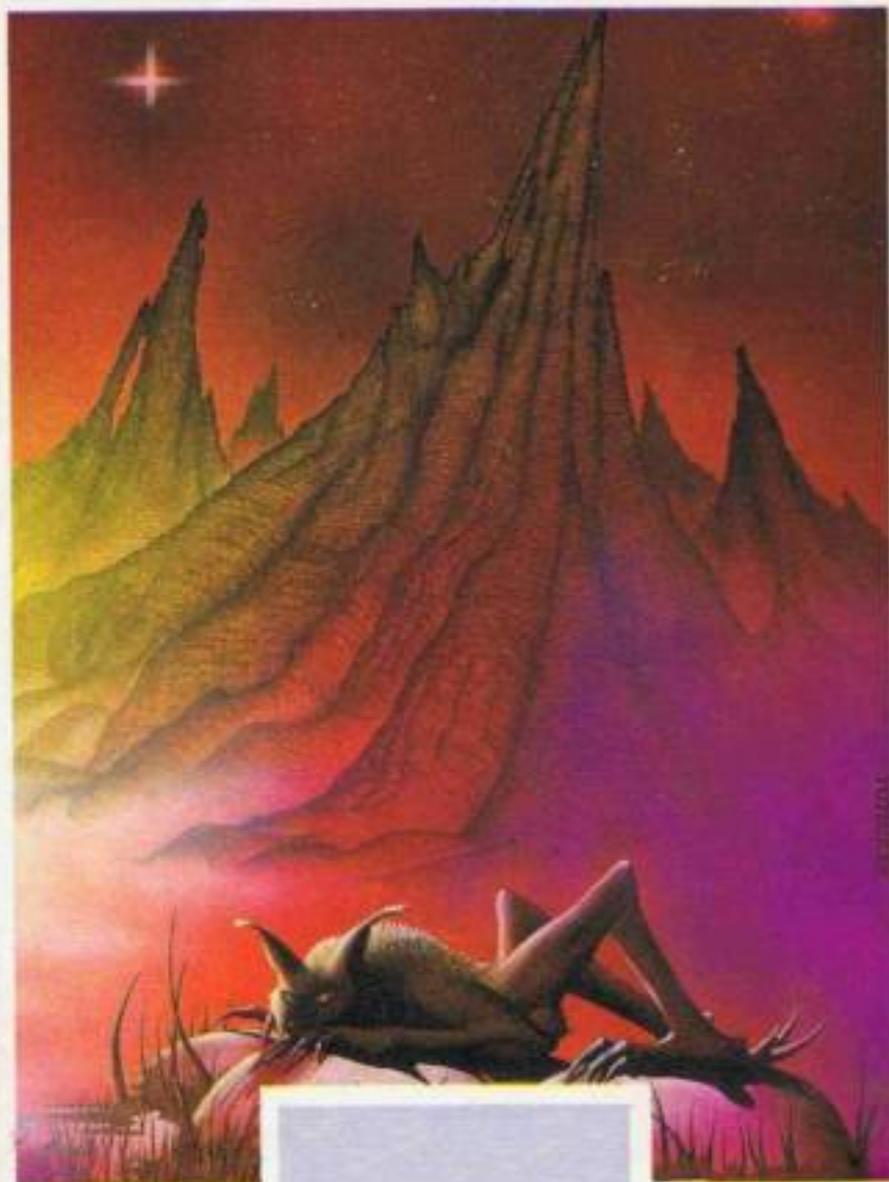


**Fredric Brown**

**DESADILLAS Y  
GEEZENSTACKS**



Una colección de relatos cortos que giran alrededor de los seres más estrambóticos y las pesadillas más desquiciantes que se hayan producido en nuestro espacio, nuestro tiempo y nuestra galaxia (olvídense de las otras).

## Desagradable

Walter Beauregard fue un libertino entusiasta por espacio de casi cincuenta años. Pero ahora, a los sesenta y cinco, estaba en peligro de perder sus atributos como miembro de la unión de libertinos. ¿En peligro de perder? Seamos honestos; los había perdido. Durante los últimos tres años visitó doctor tras doctor, charlatán tras charlatán, probó brebaje tras brebaje... con resultados totalmente negativos.

Finalmente recordó sus libros de magia y nigromancia. Eran libros que se complacía en coleccionar y leer como parte de su extensa biblioteca, pero nunca los había tomado demasiado en serio; hasta ahora. No tenía nada que perder.

En un mohoso volumen encontró lo que buscaba. Tal y como rezaban las instrucciones, dibujó el pentagrama, copió los signos cabalísticos, encendió las velas y en voz alta leyó, con cuidado, el encantamiento.

Hubo un destello de luz y una columna de humo. E inesperadamente apareció el demonio. No describiré al demonio, aunque podría asegurar que no les habría gustado.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Beauregard. Trató de mantener la voz firme, pero era evidente que le temblaba un poco.

El demonio lanzó un sonido chirriante con sobretonos de contrabajo que fuera tocado con un serrucho sin filo. Dijo entonces:

—No podrías pronunciarlo. En tu parco lenguaje puede traducirse por Desagradable. Llámame así: Desagradable.

Imagino que deseas lo habitual.

—¿Qué es lo habitual? —quiso saber Beauregard.

—Un deseo, por supuesto. Muy bien, se te concederá. Pero no tres: eso de los tres deseos es pura superstición. Sólo uno. Sin embargo, no te gustará.

—Sólo uno deseo. Y no puedo imaginar que no me complazca.

—Ya lo verás. Sé cuál es tu deseo. Y ésta es la respuesta. —Obsceno, extendió la mano y en ella apareció un bañador de color plateado. Se lo entregó a Beauregard, ordenándole—: Úsalo.

—¿Qué es esto?

—Esto es lo que parece. Un bañador. Pero es especial, confeccionado con un material del futuro que aparecerá unos milenios más adelante. Es indestructible; nunca se rompe ni se gasta. Buena clase, aunque el encantamiento sea bastante antiguo. Póntelo y lo comprobarás.

El demonio se desvaneció.

Walter Beauregard se desnudó y se probó los hermosos calzones de baño. De inmediato se sintió maravillosamente bien. La virilidad se extendió por todo su cuerpo. Se sentía como un jovencuelo emprendiendo su carrera de libertino.

Rápidamente se puso una bata y unas sandalias. (¿He mencionado que era un hombre rico? ¿Y que su casa era un *pent-house* en lo alto del hotel más elegante de Atlantic City? Pues así era). Bajó en su ascensor privado y salió a la lujosa piscina del hotel, que, como de costumbre estaba rodeada de bellezas en *bikini*, luciendo sus encantos con el pretexto de broncearse al sol, mientras esperaban proposiciones de hombres ricos como Beauregard.

Se tomó tiempo para hacer su elección, pero no demasiado.

Dos horas más tarde, vestido aún con los calzones mágicos, se sentó en el borde de la cama y miró suspirando a la hermosa rubia que yacía a su lado en el lecho, sin el *bikini* y profundamente dormida.

Desagradable tenía razón. Y su nombre estaba perfectamente justificado. El bañador milagroso, indestructible e irrompible, operaba a la perfección. Pero si se lo quitaba, o cuando simplemente empezaba a bajárselo...

## Abominable

Con un ademán, Sir Chauncey Atherton se despidió de los guías sherpas que acamparían en aquel lugar y lo dejarían continuar solo. Era el país del *abominable hombre de las nieves*, a unos cuantos centenares de millas al norte del Monte Everest, en el Himalaya. Ocasionalmente estos seres podían ser vistos en el Everest o en otras montañas tibetanas o nepalíes, pero también en el Monte Oblimov, al pie del cual los sherpas, que no se atrevían a escalarlo, aguardarían su retorno, si es que regresaba. Se requería ser un valiente para rebasar ese punto, y Sir Chauncey lo era.

También era un buen conocedor de las mujeres, y por ello se encontraba allí: para intentar, solo, no únicamente el arriesgado ascenso, sino también un rescate aún más peligroso. Si Lola Gabraldi vivía todavía, estaría en manos de un abominable hombre de las nieves.

Sir Chauncey no conocía en persona a Lola Gabraldi. De hecho, apenas un mes antes había sabido de su existencia, cuando vio la película que llevó a millones de espectadores la imagen de la mujer más bella de la Tierra, la estrella de cine más arrebatadora que jamás produjera Italia. Con un solo filme sustituyó, en las mentes de los conocedores de los encantos femeninos, a Bardot, a Lollobrigida y a Ekberg, como símbolo de la perfección femenina, y Sir Chauncey era una de las máximas autoridades en la materia. Desde que la vio por primera vez en la pantalla, supo que tendría que conocerla o moriría en la empresa.

Pero, al poco, Lola Gabraldi desapareció. Después de su primera película, hizo un emocionante viaje por la India

para gozar de unas vacaciones y se unió a un grupo de alpinistas que estaba a punto de iniciar el ascenso al Monte Oblimov. El grupo regresó sin Lola. Uno de sus componentes declaró que vio cómo, a una distancia demasiado grande para socorrerla, era secuestrada por un criatura peluda, de nueve pies de altura y aspecto más o menos humano: un abominable hombre de las nieves. El grupo la buscó durante varios días, antes de darse por vencido y regresar a la civilización. Todos estaban de acuerdo que no era posible, a esas alturas, encontrarla con vida.

Todos, a excepción de Sir Chauncey, quien inmediatamente voló a la India desde Inglaterra.

Ahora luchaba entre las nieves eternas. Además del equipo de escalada, llevaba un rifle de alto calibre con el cual, el año anterior, había matado tigres en Bengala. Si era bueno para los tigres, razonó, también sería efectivo con los hombres de las nieves.

La nieve se arremolinaba a su alrededor, cuando estaba a punto de sobrepasar la línea de las nubes. Repentinamente, a una docena de yardas de distancia, casi al límite máximo de su visión, pudo vislumbrar, entre la tormenta, una monstruosa figura. Levantó el rifle y disparó. La figura se desplomó y continuó su caída por el borde de un abismo de miles de pies de profundidad.

En el momento del disparo, unos gruesos y velludos brazos aprisionaron a Sir Chauncey, por la espalda. Una mano lo levantó con facilidad, la otra le arrebató el rifle y lo dobló en forma de «L», tan fácilmente como si se tratara de un mondadientes, antes de arrojar lejos el arma inútil.

Una voz se dejó oír desde un punto situado un par de pies por encima de su cabeza.

—Quieto, no te haré daño.

Sir Chauncey era un valiente, pero sólo pudo articular un chillido, a pesar del tono tranquilizador de las palabras que escuchaba. Lo estrechaban tan fuertemente que no

podía levantar la vista ni volver el rostro para ver a la criatura que lo mantenía prisionero.

—Te explicaré —arbitró la voz—. Nosotros, a quienes tú llamas *abominables hombres de las nieves*, somos humanos, pero hemos sufrido una mutación. Muchos siglos atrás fuimos una tribu como los sherpas. Por azar descubrimos una sustancia que, al cambiarnos físicamente, nos permitía adaptarnos en tamaño, pilosidad y otros cambios fisiológicos, al frío extremo y a la altura, para instalarnos en estas montañas, en un territorio donde otros no pueden sobrevivir, a excepción de los breves periodos que pasan en él las expediciones de alpinistas. ¿Entiendes?

—S-s-sí —alcanzó apenas a balbucear Sir Chauncey—. Empezaba a sentir un débil asomo de esperanza. Si el monstruo se tomaba la molestia de darle explicaciones, con seguridad no intentaría matarle.

—Te lo explicaré más ampliamente. Nuestro número es pequeño y tiende a disminuir. Por esa razón, ocasionalmente capturamos, como hemos hecho contigo, a algún explorador o alpinista. Le hacemos tomar la droga y, después de sufrir los cambios fisiológicos, se convierte en uno de nosotros. Es el modo de mantener nuestro número relativamente constante.

—P-p-pero —tartamudeó Sir Chauncey—, ¿es eso lo que le ocurrió a la mujer que busco, a Lola Gabraldi? ¿Es ella, ahora, un ser peludo de ocho pies de estatura y...?

—*Era*. La acabas de matar. Uno de nuestra tribu la tenía como compañera. No tomaremos represalias por haberla matado, pero deberás ocupar su lugar.

—¿Ocupar su lugar? —Pero... yo soy un *hombre*.

—Y le doy gracias a Dios por ello —musitó la voz, mientras Chauncey sentía sintió como era alzado en vilo y volteado para enfrentarse a un robusto cuerpo velludo, con el rostro a la altura justa de ser enterrado entre un par de gigantescos senos peludos—: Doy gracias a Dios por ello... porque yo soy una abominable *mujer* de las nieves.

Sir Chauncey se desmayó mientras su nueva compañera lo conducía, estrechándole amorosamente contra su pecho, como si fuera un muñeco de trapo.

## Rebote

El poder le llegó repentinamente a Larry Snell, surgido de la nada e inesperadamente. Cómo y por qué lo obtuvo, nunca lo supo. Vino a él; eso es todo.

Podía haberle ocurrido a un tipo mejor. Snell era un bribón de poca monta, que obtenía la mayor parte de sus ingresos mediante la venta de lotería y el tráfico de mariguana a los adolescentes. Era gordo y fofo, con los ojos siempre entrecerrados, que le hacían parecer casi tan perverso como era en realidad. Su única virtud redentora era la cobardía; ésta le mantuvo siempre al margen de la comisión de crímenes violentos.

Aquella noche estaba hablando con un corredor de apuestas, desde la cabina telefónica de una taberna, discutiendo acerca de una apuesta que había efectuado esa misma tarde. Finalmente, dándose por vencido, gruñó:

—¡Muérete! —y colgó el auricular con indignación. No volvió a pensar en ello hasta que más tarde supo que el corredor *había* caído muerto mientras hablaba por teléfono, justamente a la hora de su conversación.

Eso le dio a Larry Snell algo en qué pensar. No era un ignorante; sabía bien lo que era el mal de ojo. De hecho, ya lo había intentado antes pero sin resultado. ¿Había cambiado algo acaso? Valía la pena probar. Hizo una cuidadosa lista de veinte personas a quienes, por una u otra razón, odiaba. Las llamó por teléfono una por una, espaciando las llamadas en el curso de una semana, y a cada una le dijo que se muriera. Lo hicieron, todas.

No fue sino hasta el final de la semana cuando descubrió que no sólo tenía esta facultad, sino el Poder. En cierta ocasión, hablando con una dama, una artista de *strip-tease* perteneciente a un cabaret muy distinguido, que ganaba veinte veces más que él, le dijo burlonamente:

—Encanto, ven al camerino después de la última función, ¿eh?

Así lo hizo ella, lo cual fue una sorpresa, porque sólo estaba bromeando. La chica era objeto de las pretensiones de tipos con mucho dinero y de *playboys* bien parecidos, pero se rindió de inmediato ante aquella proposición casual, hecha en tono de broma por Larry Snell.

¿Tendría el Poder? Lo probó a la mañana siguiente, antes de que ella se marchara, le preguntó cuánto dinero tenía y se lo pidió. Ella le entregó todo lo que llevaba: algunos cientos de dólares.

Eso era todo lo que necesitaba para empezar un negocio en grande. A finales de la semana ya era rico; pedía prestado a todos los conocidos, incluyendo a amistades superficiales que ocupaban puestos sobresalientes en la jerarquía del bajo mundo y que, por lo tanto, eran bastante solventes, ordenándoles después que olvidaran el hecho. Se cambió de su hotelucho a un apartamento de soltero, y no es necesario decir que nunca dormía solo, a no ser por propósitos de recuperación.

Era una hermosa vida; pero, una semana después, Snell recapacitó y pensó que estaba desperdiciando su Poder. ¿Por qué no lo usaba primero para apoderarse de la nación y después del mundo, convirtiéndose así en el más poderoso dictador de la Historia? ¿Por qué no se apoderaba de todo, incluyendo un harén en vez de sólo una dama cada noche? ¿Por qué no tener un ejército para respaldar el hecho de que su menor deseo fuera ley para todos? Si sus mandatos eran acatados por teléfono, también serían obedecidos por radio y televisión. Lo único que tenía que hacer era pagar (¿pagar?, ¡exigir!) una cadena mundial para que

todos le escucharan en cualquier rincón de la Tierra. O en casi todos: quedaría al frente, respaldado por una mayoría, y sería fácil meter en vereda a los demás, posteriormente.

Eso sí sería un asunto serio, el más serio que hubiera ocurrido jamás, así que decidió tomarse algún tiempo para planearlo de tal modo que no existiera la posibilidad de cometer un error. Decidió pasar unos días a solas, lejos de la ciudad y de todos, para redondear sus planes.

Contrató un avión para que lo llevase a una parte relativamente despoblada de la sierra, y ocupó una posada mediante el simple procedimiento de decir a los demás huéspedes que se largaran. Empezó a dar largos paseos, pensando y soñando. Encontró un sitio que pronto se convirtió en su favorito: una pequeña colina en un valle rodeado de montañas, un magnífico escenario. Allí meditaba y dejaba crecer su euforia al analizar lo que podía hacer.

¿Dictador?, ¡cuernos! Se haría coronar emperador. Emperador del Mundo. ¿Por qué no? ¿Quién se enfrentaría a un hombre dotado de tal Poder? El Poder de hacer que cualquiera obedeciese las órdenes que él diera...

—¡Muéranse!... —gritó desde la cima de la colina, con maligna exuberancia, sin fijarse si había o no alguien al alcance de su voz...

Una pareja de chicos lo encontraron al día siguiente y corrieron al pueblo a notificar que un hombre muerto se hallaba en la cima de la Colina del Eco.

## Pesadilla gris

Se despertó sintiéndose maravillosamente bien, bajo el cálido y brillante sol de primavera. Se había quedado dormido durante algo menos de media hora, según pudo deducir por el ángulo de las sombras que formaba el sol y que apenas habían cambiado.

El parque se veía hermoso con el verdor de la primavera, más suave que el del verano; el día resultaba magnífico y él era joven y estaba enamorado. Locamente enamorado, maravillosamente enamorado. Y feliz en su amor: la noche anterior, sábado, se había declarado a Susana y ella le aceptó, más o menos. No le dio un sí definitivo, pero le invitó para que esa tarde le conociese su familia, y le dijo que deseaba que ellos le quisieran y él a ellos. Si eso no significaba la aprobación, ¿entonces qué era? Se habían enamorado casi a primera vista, y por eso aún ni siquiera conocía a sus padres.

¡Oh, la dulce Susana, con los suaves cabellos castaños, la graciosa naricilla, las pecas marcadas y los grandes ojos de color café!

Era la mujer más maravillosa que uno pudiera desear.

Bueno, ya era tarde: Susana le había citado a esa hora. Se levantó del banco y, como sentía los músculos un poco entumecidos por la siesta, bostezó voluptuosamente. Se dirigió hacia la casa, que quedaba a unas manzanas de la suya.

Subió los escalones y llamó a la puerta. Ésta se abrió y por un segundo se imaginó que la propia Susana salía a abrirle, pero no fue así. Probablemente se trataba de su

hermana; Susana había mencionado que tenía una hermana un año menor que ella.

Se inclinó y se presentó, preguntando por Susana. Le pareció que la muchacha le miraba con extrañeza. Después le dijo:

—Pase, por favor. Ella no está en este momento, pero si gusta aguardar en la sala...

Esperó en la sala. Le extrañó que ella hubiera salido.

Entonces oyó la voz de la chica que le había recibido, hablando en el vestíbulo y, con explicable curiosidad, se levantó y fue a la puerta para escuchar. Parecía estar hablando por teléfono.

—Harry, por favor ven enseguida y trae contigo al doctor. Sí, es el abuelo... No, no es otro ataque al corazón. Es como la vez que le dio amnesia y pensó que la abuela aún vivía. No, no es demencia senil, Harry, es sólo amnesia, pero esta vez la cosa es peor. Cincuenta años menos... su memoria es la de cuando aún no se había casado con la abuela...

Repentinamente viejo, envejecido cincuenta años en cincuenta segundos, lloró en silencio, recostado en el marco de la puerta...

## Pesadilla verde

Se despertó plenamente consciente de su decisión: la gran decisión que había tomado mientras reposaba la noche anterior, tratando de dormir. Tendría que mantenerla sin flaquear si quería sentirse nuevamente como un hombre, como un hombre completo. Tendría que ser firme al pedirle el divorcio a su esposa o todo se perdería y nunca volvería a reunir el valor necesario. Ahora veía claro que, ya desde el principio mismo de su matrimonio seis años atrás, resultaba inevitable que las cosas llegaran a este estado.

Estar casado con una mujer más fuerte que él, más fuerte en todos los sentidos, no sólo era intolerable sino que lo convertía, progresivamente, en un indefenso y débil ratón. Su mujer podía ganarle en todo, y lo hacía. Una atleta como era, podía derrotarlo con facilidad en tenis, en golf, en todo. Podía montar y patinar mejor que él; conducir un automóvil con más pericia. Experta en casi todo, le hacía parecer un torpe jugador de bridge, de ajedrez e incluso de póker, al cual jugaba como una consumada profesional. Y lo que era aún peor: gradualmente ella tomó las riendas de sus negocios y asuntos financieros y los llevó a una prosperidad económica que él jamás se hubiera atrevido a imaginar. No existía una sola faceta en la cual su ego, o lo poco que quedaba de él, no hubiera sido lastimado y golpeado durante los años de matrimonio.

Hasta ahora, hasta que Laura llegó. Dulce, delicada y pequeña, Laura estaba de visita en su casa y era todo lo contrario de su esposa: frágil y menuda, adorablemente indefensa y dulce. Estaba loco por ella y sabía que era su sal-